

ca cómo el Imperio devoró a Alemania y la destruyó, invirtiendo con Hitler la propuesta de Bismarck. En estas memorias, que van desde la guerra mundial de 1914 hasta el ascenso del nazismo al poder y el exilio de Haffner en París, se pone en escena aquella tesis.

Haffner se imagina perteneciente a la Alemania no hitleriana, libre de la egolatría colectiva del nacionalismo. La mayoría de los alemanes votó contra Hitler en 1933 pero sus dirigentes desertaron y no supieron gestionar ese resultado. La izquierda, en especial, se mostró incapaz de gobernar con eficacia y su pedantería universal resultó más tonta que el propio nacionalismo.

El memorialista aprovecha su fluido relato, donde se mezclan la vida pública y la privada con hábil oscilación, para describir el perfil de la Alemania que sostuvo al nazismo: una sociedad que cae fácilmente en psicosis colectivas, que busca la dicha en lo comunitario porque está constituida por individuos infelices, que imagina la guerra como un juego infantil, con tendencia a una débil responsabilidad personal compensada por una servil obediencia jerárquica, una dirigencia que ignora la derrota, un horror al vacío unido a un deseo de ser salvado, el gusto por la embriaguez masiva, una facilidad para capitular, una wagneriana propensión a la pasividad autodestructiva, la busca de la humillación del otro y

el placer de sentirse temido. Hitler, un personaje ridículo, vulgar y repugnante, demostró a esa desbordada multitud que el asco podía ser el origen de la fascinación, y lo consiguió.

Comparado con algunos sensatos dirigentes –Rathenau, Stresemann– el *Führer* era inconsistente y chapucero. Los líderes del ejército –Ludendorff, Hindenburg– lo despreciaban. Sin embargo, *Adolfchen* se quedó con todo, hasta con el apocalíptico final de 1945. Explicar esta tragicomedia, explicarse, es la tarea de Haffner.

**Conchita Piquer**, *Martín de la Plaza*, Alianza-Producciones El Delirio, Madrid, 2001, 240 pp.

Las biografías de las estrellas del espectáculo, normalmente atacadas por una aureola de beatitud cuando no de santidad, suelen ser poco legibles, porque el personaje se borra a favor del cromo y la estampita. No es el caso de esta biografía «no autorizada» que como tal se presenta. Si bien nos propone un minucioso currículum de la gran cantante y actriz, lo hace de manera contrastada, sin olvidar las penumbras de una vida mayormente brillante, pero en la que no faltaron las horas miserables de la infancia, las fotos sicalípticas, los amores irregulares, la hija apadrinada por Evita Perón y

que no podía ser reconocida como tal en España, las opiniones contrapuestas de especialistas y colegas.

Concha dejó una discografía extensa, que atesora la incomparable calidad pastosa y esmaltada de su voz, su decir preciso y variado, su tronío y su musicalidad. Tal vez siga siendo la gran referencia de la copla. De modesta importancia es su filmografía, en la cual, sin embargo, gracias al sonoro, se pueden rescatar algunas actuaciones suyas, en las cuales se ve que su género era el microdrama o la viñeta sarcástica en miniatura, donde la presencia de la intérprete es decisiva.

Entre la España de Primo de Rivera y la de Franco, guerra y exilio mediante, bajo una superficie de exaltación castiza española, la copla instaló la privacidad de un desgarró sombrío y una proclamación de la desdicha, que son una suerte de rápido contraluz en una escena de color chocarrero y fácil ditirambo. Concha fue y sigue siendo su emblema, y este libro acumula con probidad y documentación los datos del caso.

**El secreto de las ánforas. Lo que los griegos y los romanos sabían de la prehistoria**, Adrienne Mayor, traducción de Ricard Martínez i Muntadas, Grijalbo, Barcelona, 2002, 428 pp.

Nuestra puntillosa noción documental de la historia es tardía y a la

vez joven. No pasa de finales del siglo XVIII. De ahí hacia atrás en el tiempo, las noticias que hoy consideramos mitológicas, prodigiosas, milagrosas o legendarias, integraban el conjunto de la memoria colectiva atesorada en las crónicas.

Mayor se concentra en la lectura que griegos y romanos hicieron de los fósiles prehistóricos. O, por mejor decir, de los que hoy juzgamos como tales. Tenían noción de que pertenecían a un pasado remoto pero, precisamente, era en ese pasado donde los héroes peleaban contra grifos y dragones, gigantes y serpientes aladas. Aun cronistas parcialmente puntuales como Heródoto eran capaces de incorporarlos a sus historias.

No eran inverosímiles estas versiones fabulosas del pasado terrestre, ya que se intentaba, con todo el rigor posible, acomodar los restos a la apariencia imaginada de los animales proporcionados por la mitología. Con ello, nuestros ancestros de Grecia y Roma se acaban pareciendo a sus descendientes posmodernos, ya que el pasado es lo que contamos del pasado y no lo que efectivamente ocurrió en él, pretérito irrecuperable.

Mayor es una profesional de estas disciplinas pero, a la vez, una narradora atractiva y económica. Nos cuenta no sólo cuanto se sintetiza en las líneas anteriores, sino los avatares de expedicionarios, guerreros, sacerdotes y científicos de diversos

siglos. Fueron en busca de algo evidente y enigmático a la vez. Dieron con residuos de un planeta tan remoto, tan rico en centenas de millones de años, que se escapaba de las flamantes manos de la historia para caer en los enormes, inmarcesibles, brazos de la leyenda.

Fotografías, esquemas y grabados oportunamente dispuestos completan el sabroso noticiario de la profesora Mayor.

**La novena de Beethoven. Historia política del himno europeo,** *Esteban Buch, traducción de Juan Gabriel López Guix, El Acanalado, Barcelona, 2001, 504 pp.*

«Vuestro Beethoven no es el mío» exclamó alguna vez Nietzsche. Mahler y Boulez repitieron tal exclamación a su tiempo. Repasando el minucioso y colorido devenir de la novena beethoveniana hecho por el musicólogo argentino Buch, se advierte que Beethoven ha sido de todos y de nadie, como corresponde a la música, con alguna pintoresca excepción: la crítica de extrema izquierda y los entusiastas destructores de la revolución cultural china de 1966, decidieron que Beethoven era cómplice de los explotadores y enemigo del proletariado.

En vida, el músico de Bonn distó de ser políticamente unívoco. Más bien sus manifestaciones públicas caen del lado de la Santa Alianza y las potestades aristocráticas de la

Europa restaurada. Ello no obsta para que su música, en especial esta vapuleada novena sinfonía, fuera himno liberal, socialista, humanista, anarquista, nacionalista, nazi, antinazi, hasta convertirse, desprovista de los versos de Schiller y arreglada como fanfarria de dos minutos por un antiguo afiliado al SNDAP, Herbert von Karajan, en himno de la Unión Europea. Con ello se gana un tanto en pro de la unión y se pierde otro en pro de la humanidad. Pero algo es algo.

Buch ha cumplido una tarea de gran volumen en la rebusca de datos visibles y ocultos, los ha ordenado con inteligencia, ha hecho su crítica cautelosa y conseguido que, a pesar de la densidad y longitud del material, su lectura resulte fluida e interesante. Por fin, se advierte que la música, elocuente e inefable, no se deja atrapar, justamente, por esta doble cualidad. Toda traducción explícita de sus contenidos supuestos es falsa y de ahí su ambigua vocación de libertad. La novena beethoveniana se deja escuchar y seguirá haciéndolo, pero no se deja ni se dejará comprometer.

**El poder de los reyes. Monarquía y religión en Europa 1589-1715,** *Paul Cléber Monod, traducción de Jesús Izquierdo Martín, Alianza, Madrid, 2002, 396 pp.*

Entre el asesinato de Enrique III en 1589 y la muerte de Luis XIV en

1715, ambos reyes de Francia, transcurre un proceso de transformación de la naturaleza política y la imagen pública de la realeza que puede entenderse como la deriva barroca de la monarquía. De ser personajes sagrados, cuyo poder derivaba de Dios a través de la Iglesia, los reyes pasan a ser investidos de poderes terrenales, en general independientes de cualquier organización sacerdotal. Someten la religión y proponen una organización profana de la sociedad, basada en la realidad originaria del individuo y un pacto social del que derivan los poderes de los órganos del Estado.

El Estado mismo, como una realidad permanente hecha de un conjunto de normas jurídicas, se impone como realidad fundante y autónoma.

Este proceso dista de ser pacífico y, en el medio, transcurren las guerras de religión. Los intereses tradicionales se defiende, vuelven a sostener la dependencia del trono respecto al altar, el carácter orgánico de la comunidad y la primacía de lo lugareños sobre lo universal, lo emotivo sobre lo emocional.

Para acreditar su teoría, Cléber Monod apela a distintas fuentes, de las cuales cobran singular importancia las relativas a lo imaginario: pintura y escultura, reglas de cortesía, expresiones usuales, modas, celebraciones y juegos. Con libertad metodológica y rigurosa infor-

mación, el autor va narrando una historia compleja y colorida, con lo cual consigue construir un texto fluido y entretenido, más allá de sus virtudes reflexivas y probatorias.

El proceso descrito no ha terminado, según apunta Cléber Monod. La separación entre lo religioso y lo político, que se ha ido ampliando y consolidando con los siglos, dista de estar concluida, en parte por la inevitable composición religiosa de todo pensamiento (el autor lo señala respecto a la Ilustración), en parte porque conviene a núcleos determinados de poder concreto.

**Una moral sin Dios. Hacia una ética desvinculada de la religión,** *Richard Holloway, traducción de María Eugenia Ciocchini, Alba, Barcelona, 2002, 204 pp.*

Sabrosa es la propuesta de este sacerdote partidario de la ordenación de las mujeres: moralizar descargando a Dios de la tarea. Examinando, de modo anecdótico y ligero, diversas opciones éticas, concluye que la mayoría de ellas han sido, en nuestras tradiciones, éticas de obediencia a la autoridad. Su trasfondo es político porque legitiman sistemas de dominación.

En nuestro tiempo, la generalización del consumo y las libertades